

aflicto hombre, se entraron en los puercos. Los animales, furiosos con tan nociva compañía, corrieron con grande ímpetu, y se precipitaron al mar; prefiriendo el ahogarse al vivir oprimidos por aquellos huéspedes infernales. Atónitos los porqueros con la repentina destruccion de todos los dos mil puercos puestos á su cuidado, huyeron á la ciudad, y contaban á todos lo que habia sucedido en el campo. La noticia de este suceso trajo mucha gente á ver á Jesus, y quedaron admirados al hallar al hombre, que tanto tiempo habia estado bajo el poder de los demonios, sentado pacíficamente á los pies de Jesus, en su juicio cabal. Agradecido aquel hombre infeliz al milagro que el Salvador le habia hecho, librándole de tan horrible situacion, le pedia permiso para quedarse con él; pero Jesus no se lo concedió, y solo le dijo: Vete á tu casa con tus parientes, y cuéntales la maravilla que te ha hecho el Señor, y la misericordia que ha usado contigo.

En otra ocasion trajeron un jóven poseido de un espíritu inmundo, y no estando Jesus presente, rogaron los padres del jóven á los discípulos del Señor; que le curaran. Estos hicieron quanto les pareció conveniente, mas no pudieron lanzarle del cuerpo de su posesion; lo que ocasionó una grande altercacion entre ellos y los escribas de la ley que se hallaban presentes. Jesus llegó á este tiempo, é informado de todo, mandó traer á su presencia al obstinado energúmeno: el espíritu comenzó luego á atormentar al jó-

ven, arrojándole por la tierra, y revolcándole horrosamente. Jesus preguntó al padre del mozo, ¿cuánto tiempo habia que el espíritu le atormentaba? Desde la infancia, respondió; y unas veces le precipita contra la tierra, le hace echar espumarajos por la boca, y crugir los dientes: otras le arroja al fuego ó al agua, que parece le va á matar. Apiádate, Señor, de nosotros, y librale de este cruel tormento, si pudieses hacerlo. Jesus le dijo: Si tu puedes creerlo, todas las cosas son posibles al que cree. Sí lo creo, Señor, respondió el padre llorando. Jesus amenazó luego al espíritu, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no vuelvas á entrar en su cuerpo. El demonio entónces, dando grandes alaridos y maltratándole mucho, salió, quedando el jóven como muerto. Jesus le tomó por la mano, y se levantó bueno y sano.

Caminando Jesus de Genesar hacía las provincias de Tiro y de Sidon, le salió al encuentro una muger cananea, y con grande fervor le rogaba: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí; y sana á mi hija que está cruelmente atormentada del demonio. Jesus seguía su camino sin escucharla, pero resuelta la desconsolada madre, aunque de una raza idólatra, á participar por fuerza de las gracias destinadas al pueblo de Dios, no cesaba de importunar á Jesus, siguiéndole y reiterando su súplica. Los discípulos, viendo que la muger no cesaba de clamar, rogaban á Jesus le concediera su peticion. No soy enviado, les respon-

dió el Maestro celestial, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Animada ahora la pobre muger con la parte que los discípulos habian tomado á su favor, se acercó á Jesus, y postrada á sus pies, dijo: Señor, valedme. El Salvador se volvió hácia ella, diciendo: No es bien tomar el pan de los hijos, y echarle á los perros. La Cananea redarguyó oportunamente, y sin ofenderse de las palabras de Jesus, dijo: así es, Señor; pero los perrillos tambien comen de las migajas que sobran en la mesa de sus dueños. Jesus, Salvador no solo de Israel mas tambien de los Gentiles, solo habia querido probar la fe de la Cananea; y viéndola ahora acrisolada, le respondió: O muger, grande es tu fe, hágase contigo como quieres. En aquel momento se retiró la firme Cananea, y halló á su hija libre del espíritu maligno que le atormentaba.

El Paralitico de la Piscina.

Habia en Jerusalem, cerca del templo un estanque pequeño de agua adornado con cinco pórticos, llamado Piscina. Los Judíos tenian grande veneracion á este lugar, porque un Angel del Señor descendia en cierto tiempo á la Piscina, y se movia el agua. Por la virtud que el Angel le comunicaba, el primer enfermo que entraba en la Piscina, despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. La gracia era para un solo individuo, y los aspirantes á aquella gracia eran muchísimos; y siendo la virtud concedida desde lo alto indistintamente, los

medios para lograrla estaban dejados á los hombres. Así pues, el enfermo que tenia mas fuerte protector, aunque no fuera el mas benemérito, era el único que alcanzaba la sanidad. Habiendo venido Jesus á Jerusalem en el tiempo de la fiesta, fué hácia la Piscina, y entre la grande multitud de enfermos, ciegos, cojos paralíticos, que esperaban el movimiento de las aguas, habia un perlático con treinta y ocho años de enfermedad, sin haber podido en tanto tiempo conseguir la saludable prioridad. Este enfermo, postrado allí en su lecho, era verdaderamente infeliz, y por su falta de proteccion humana fué ahora objeto de la divina. Jesus se acercó á él, y le dijo: ¿Quieres ser sano? El paralítico, no sabiendo quien le hablaba, respondió en tono muy afligido: Señor, no tengo un bienhechor que me entre en la Piscina, luego que el agua es revuelta: porque entretanto que yo me acerco y pido ayuda, ya han entrado á otro enfermo. Movido Jesus por la justa afliccion del pobre tullido, le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda: el enfermo sin dudar un momento, se levantó, tomó al hombro su cama, y se fué á casa. Creyendo algunos Judíos que le vieron caminar con la cama al hombro, que era algun mandadero, le riñeron por profanar el sábado con trabajo, mas él les respondió: Por treinta y ocho años he estado impedido sin poder sanar; y ahora me dijo un hombre en el pórtico de la Piscina: Levántate, toma tu lecho, y anda; yo me levanté sano, y llevo ahora mi cama á casa. ¿Quién es ese hombre que te ha sanado? le preguntáron; pero él se fué sin poder

dar razon. Despues de algunos dias, Jesus le vió en el templo, y llegándose á él le dijo: Cuidado que ya estás sano; no vuelvas á pecar, no te suceda otra cosa peor. Entónces conoció el hombre que debia su salud á Jesus.

El Paralítico de Cafarnaun.

Los milagros que Jesus habia obrado en Cafarnaun habian excitado tanto la fe de aquellos habitantes, que le traian todos los enfermos de la ciudad para que los curase. Un dia fué tan crecido el número de gente que habia venido á la casa donde estaba Jesus hospedado, que no era posible llegarse á la puerta: á este tiempo viniéron cuatro hombres trayendo suspendido á un paralítico en su lecho, y viendo la dificultad de poder poner delante del Señor al enfermo, subiéron al techo de la casa, y por una grande abertura que hicieron en él, descolgáron dentro del cuarto la cama en que yacia el paralítico: Hijo, tus pecados son perdonados. Algunos Escribas, que habian venido á observar las acciones de Jesus, oyéndole declarar el perdon de los pecados, murmuraban en su interior y se decian á sí mismos: Este hombre blasfema ¿quién puede perdonar pecados, sino solo Dios? Jesus conoció en su espíritu lo que los incrédulos Escribas sentian en su interior, y les dijo: ¿Porqué pensais así en vuestros corazones? ¿Qué es mas fácil, decir á este paralítico: Perdonados te son tus pecados; ó decirle: Levántate, toma tu camilla, y anda? Para que sepais pues, que el Hijo del hombre tiene en la tierra potes-

tad de perdonar pecados, dijo entónces al paralítico: Levántate, toma tu camilla y vete á tu casa. El enfermo se levantó al punto, y tomando al hombro su camilla, se fué á vista de todos sano del cuerpo, y á los ojos de Dios limpio de pecados. Los Escribas y todo el pueblo que estaba allí quedáron maravillados, confesando que nunca habian visto tales prodigios.

La Muger adúltera.

Jesus estaba en otra ocasion predicando al pueblo en el templo, cuando entráron los Escribas y Fariseos con una muger á quien habian sorprendido en adulterio, y la pusieron en medio. Uno de ellos dirigió la palabra á Jesus, y dijo: Maestro, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio; la ley de Moises manda apedrear á estas tales. ¿Qué, dices tú, se deberá hacer con ella? Los astutos doctores querian tentar á Jesus, para acusarle si se oponia á la Ley; y penetrando el Hijo de Dios la intencion inicua de los Escribas, se inclinó, escribió con el dedo algunas palabras en el suelo, y enderezándose despues, les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado tire contra ella la primera piedra. Esta inesperada respuesta y el testimonio de sus malas conciencias turbó tanto á los Escribas y Fariseos, que llenos de confusion, se fué cada uno por su lado dejando sola á la muger. Jesus dijo entónces: Muger, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella. Ni yo tampoco te condenaré, añadió Jesus: Vete, y no vuelvas á pecar.

Maria Magdalena.

Como los Judíos no creían la divinidad de Jesucristo, se escandalizaban mucho cuando le oían perdonar pecados, aunque el Salvador les mostraba su divino poder con razones y prodigios. Un Fariseo de Nain, que había observado la conducta irreprochable de Jesús, y las maravillas que obraba, había cobrado mucha afición á su persona, y un día le instó vivamente fuese á comer con él. Jesús fué á casa del Fariseo, que se llamaba Simon; este le recibió con mucha atención, y llegada la hora, se sentaron á la mesa. Había en aquella ciudad una muger pública llamada María, la cual habiendo oído los prodigios que Jesús hacía por todas partes, no dudaba que era el Mesías prometido para la salvación de Israel. Sabiendo ahora que Jesús estaba en casa de Simon el Fariseo, tomó un vaso de alabastro, le llenó de unguento precioso, y arrepentida de su vida meretrícia, fué á casa del Fariseo á implorar gracia á los pies del Salvador. Luego que entró en la sala, y distinguió á Jesús entre los que estaban sentados á la mesa, se puso á sus pies, los ungió con el unguento precioso, los enjugaba luego con sus cabellos, y derramando lágrimas, los besaba con devoción. El Fariseo observaba la reverencia con que la muger ungió los pies de Jesús, y sabiendo que era una notoria pecadora, decía entre sí: Si este hombre fuera Profeta, sabría quién, y qué especie de muger es esta que le toca á los pies. Jesús penetró el interior del Fariseo, y le dijo: Si-

mon, quiero proponerte una cuestión. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos reales de plata, y el otro le debía solo cincuenta: no teniendo ninguno de los dos como pagarle, perdonó á entrambos. ¿Dime pues, á cuál de los dos amaba más? Simon respondió: Pienso que amaba más á aquel, á quien más perdonó. Jesús le dijo entonces: Haz juzgado rectamente. ¿Ves Simon á este muger? Yo entré en tu casa, y no me diste agua para los pies: mas esta con sus lágrimas ha regado mis pies, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso: mas esta desde que entró no ha cesado de besarme los pies. No ungió mi cabeza con oleo: mas esta ha ungió mis pies con unguento precioso. Por lo cual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. Mas al que ménos ama, ménos se le perdona. Y volviéndose luego á la muger, le dijo: Tus pecados te son perdonados. Los otros que estaban á la mesa decían entre sí: ¿Quién es este que perdona hasta los pecados? Jesús añadió: Muger, tu fe te ha hecho salva; vete en paz.

El Hijo de la Viuda.

Llegando Jesús á las puertas de la ciudad de Nain en la provincia de Judea, vió que sacaban á un difunto con grande acompañamiento para enterrarle en el cementerio que estaba fuera del pueblo. Era un jóven, hijo único de una viuda, la que anegada en lágrimas, seguía la fúnebre procesion. Luego que vió Jesús á la desconsolada madre, se movió á compasión, y llegán-

dose á ella, le dijo : No llores. La triste madre, ignorando que era el Hijo de Dios quien le decia, no llores; consideró esta corta espresion, como un vano consuelo en la irremediable pérdida de su amado hijo; por lo que no respondió, y continuaba en su llanto lastimoso. Jesus entre tanto se acercó al féretro, hizo parar á los que le llevaban, y mirando al yerto cadáver, levantó la voz, diciendo : Mancebo, á tí te digo, levántate. Como si despertara de un profundo sueño, se levantó el jóven á la voz del Hijo de Dios y comenzó á hablar. La madre recobró á su hijo, y todo el acompañamiento, pasmado con un milagro tan patente, glorificaban á Dios y decian : Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros ; Dios ha visitado á su pueblo.

La Hija de Jairo.

Cuando Jesus salió de Decápolis, y atravesó el lago de Genesaret vino á verle Jairo, Príncipe de la sinagoga. Este piadoso Judío tenia una hija de doce años, la que desahuciada por los médicos, quedaba cercana á la muerte. Luego que el afligido padre llegó á presencia de Jesus se postró á sus pies, y lleno de fe le dijo : Mi amada hija está en los últimos momentos de su vida ; ven, Señor, á poner lo mano sobre ella, para que sane y viva. Jesus tuvo compasion, y acompañado solamente de Pedro, Santiago y Juan partiéron para casa de Jairo. Los criados venian con la triste noticia de la muerte de la niña, y encontrándose con su amo en el camino, le dijéron : Señor, no mo-

lestes mas al Maestro, porque tu hija es muerta. Cuando Jesus oyó la relacion de los criados, miró á Jairo, y le dijo : No temas; ten fe. Luego que llegaron á la casa, oyéron grandes gritos de dolor que daban los parientes, y la música de flautas segun la costumbre del pais. Jesus entró y dijo : ¿ Porqué haceis tanto ruido? porqué estais llorando? La muchacha no está muerta, sino que duerme. Los que estaban presentes, ciertos en que la muchacha no vivia, se mofaban de aquella especie de sueño. Jesus echó fuera de la casa á todos los que estaban allí, y entrando con el padre y la madre de la niña al cuarto donde yacia, le agarró una mano, y le dijo : Muchacha, á tí te digo, levántate. Apénas el Hijo de Dios pronunció estas palabras, la muchacha se levantó, y comenzó á andar; y maravillados todos glorificaban á Dios.

Resurreccion de Lázaro.

Habia en la ciudad de Betania una familia que por sus virtudes habia merecido el amor de Jesus. Lázaro, el principal de aquella casa, se enfermó y murió. María y Marta, sus hermanas, enviéron á decir á Jesus cuando el hermano se enfermó : Señor, aquel á quien tanto amabas, está enfermo. Jesus respondió : Esta enfermedad no es para muerte sino para gloria de Dios á fin que su Hijo sea glorificado con ella. Entónces dijo á sus discípulos : Volvamos á Judea. Maestro, le respondiéron : Acabamos de venir huyendo porque los Judíos querian apedrearte, ¿ y quieres volver otra vez allá? Jesus dijo : El que anda de dia,

no tropieza, porque ve la luz del mundo; pero el que anda de noche tropieza, porque le falta la luz. Lázaro nuestro amigo duerme, y yo voy á despertarle del sueño. No creyendo los discípulos que esta era la causa suficiente para esponerse á ser apedreados, le respondieron: Maestro, si Lázaro duerme, dejémosle, que él mismo despertará. Jesus les dijo ahora abiertamente: Lázaro es muerto, y yo voy á resucitarle: me alegro por vosotros mismos de no haber estado allí, para que creais; vamos pues á su casa. Tomás, cuya fe no fué confirmada hasta despues de la resurreccion de su divino Maestro, dijo á sus compañeros: Vamos tambien nosotros á morir con él. Jesus llegó á Betania, cuatro dias despues de haber puesto á Lázaro en el sepulcro. Luego que Marta supo la venida del Maestro, salió á recibirle, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habria muerto. Tu hermano resucitará, le respondió Jesus. Bien sé, dijo Marta dando un suspiro, que mi hermano resucitará en el dia del juicio final. El Salvador dijo entónces: Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamas: ¿crees esto? Sí, Señor, respondió Marta; yo he creído, que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Dicho esto fué á la sala donde estaba María, y le dijo: El Maestro acaba de llegar y te llama. María se levantó al momento, y salió apresurada á saludar á Jesus; creyendo aquellos que habian venido á consolar á las doloridas hermanas, que iba á llorar

junto al sepulcro, la siguiéron. Anegada en lágrimas la afligida María, se postró á los pies de Jesus, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habria muerto. Cuando Jesus vió á María y á todos los que le rodeaban llorando, se conmovió y lloró tambien. Los Judíos, observando el tierno afecto que el Salvador tenia al difunto, decian entre sí: Este que ha dado vista á ciegos, y que ha curado con sola su palabra toda especie de enfermos, ¿no podria haber evitado la muerte á su amigo Lázaro? ¿En dónde le pusisteis? preguntó Jesus. Ven, Señor, y le verás, respondió María. Jesus fué suspirando al sepulcro, y mandó alzar la losa; pero Marta, queriendo evitar el efecto desagradable que podia seguirse, dijo: Señor, ya hiede, porque hace cuatro dias que está sepultado. ¿No te he dicho, replicó Jesus, que si creyeres verás la gloria de Dios? Marta se calló, la losa fué removida, y el Hijo de Dios, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oido. Yo sé que tú me oyes siempre, mas lo he dicho por el pueblo que está aquí presente, á fin de que crean, que tú me has enviado. Concluida esta fervorosa oracion, gritó Jesus en alta voz, diciendo: Lázaro, ven afuera. A la voz del Hijo de Dios, el que estaba muerto y sepultado despues de cuatro dias salió del sepulcro con los pies y manos atados con vendas, y envuelta la cabeza con una servilleta. Jesus mandó desatarle las ligaduras, y Lázaro volvió á su casa. Los Judíos que habian venido á consolar las hermanas de Lázaro, así como todos los que supiéron este milagro,

maravilloso por excelencia, quedaban atónitos, y se hallaban como obligados á confesar el poder sobrenatural de Jesus: los mas obstinados se retiraban confusos, pero los mas dóciles creían, y glorificaban á Dios en su Hijo. Cada paso que daba Jesus era marcado con un prodigio; los cuatro Evangelios están llenos de ellos, y San Juan concluye el suyo con un hiperbole en su estilo elevado: «Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus, las cuales, si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros que se habrian de escribir.»

LIBRO III.

LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

CAPITULO PRIMERO.

ULTIMO VIAGE DE JESUS A JERUSALEN.

El tiempo fijado por el Eterno Padre para efectuar la redencion del género humano se iba acercando: la septuagésima semana profetizada por Daniel quinientos años ántes, y dentro de la cual habia de morir el Cristo, negado por su pueblo, habia ya corrido la mitad: el tercer año de la predicacion del Hijo de Dios

vivo sobre la tierra se acababa, y el tiempo en que se habian de verificar todas las circunstancias de la pasion y muerte del Cristo, tan claramente anunciadas por Isaias, habia llegado, cuando el Salvador del mundo salió de la ciudad de Efen, junto al desierto, con direccion á Jerusalem, para consumir la grande obra de la redencion. Durante el curso de su predicacion, Jesus habia subido constantemente á Sion para celebrar las fiestas ordenadas por la Ley; habia enseñado en el templo y en el pórtico; habia confundido á los Escribas y Fariseos con sus discursos; y se habia librado de la furia de los Judíos que le quisieron matar muchas veces, porque no habia venido todavía su tiempo para entregarse á la venganza de la siempre rebelde nacion judáica.

Luego que Jesus se puso en camino con sus discipulos, les dijo: Ved aquí, que vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribiéron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los Gentiles, y será escarnecido, azotado y escupido: y despues que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia. Jesus anunciaba claramente á los Apóstoles su pasion y muerte para que no se escandalizaran cuando llegara la hora, y al mismo tiempo les declaraba su resurreccion para que esperasen firmes las promesas. A este tiempo se llegó á Jesus la madre de Santiago y de Juan, hijos del Zebedeo, y llamando á sus dos hijos, se postró con ellos á los pies de Jesus para hacerle una peticion. Jesus les preguntó: ¿Qué quereis que os haga? Señor, dijo la madre,